
CAPITULO LIII.

RESÚMEN DE LA REVOLUCION ITALIANA.

Compendiemos en breve epílogo la revolución italiana para poder apreciar su origen y conocer sus consecuencias. Resumamos los principales hechos y las ideas principales de la Historia de este grande acontecimiento.

Libre Roma de soldados extranjeros, debía pertenecer á sus habitantes en razon de un derecho indisputable. Pero los ciudadanos de Roma no pueden expresar ni su pensamiento ni su voluntad, porque la inquisicion los cela hasta en el secreto de su conciencia, y la policía los oprime hasta en el asilo de su hogar, y una fuerte guardia los ata con hierros á su ignominioso patibulo. Si los católicos extranjeros á Roma, se creen con derecho á enviar soldados para mantener allí su capitalidad espiritual, los italianos tienen mayor derecho á enviar soldados para reivindicar su capital política. Tal es el pensamiento de Garibaldi. A la verdad un tratado diplomático retenia á los italianos casi cautivos de su palabra empeñada; pero los tratados diplomáticos han perdido toda su fuerza; primero, porque en la esfera de las ideas jamás se ajustan á los

principios de justicia, y despues porque en la esfera de los hechos jamás sobreviven al día de su nacimiento. La Europa contemporánea no tiene un derecho escrito con que regular sus relaciones internacionales. El que trazaron los reyes en la Santa Alianza ha sido deshecho por los pueblos en continuas revoluciones.

El auxilio á Roma era el pensamiento capital de Garibaldi. En vano sus amigos de la extrema izquierda intentaban disuadirle presentándole prematuro el proyecto y arriesgada la empresa. Garibaldi oyó lo mismo la víspera de partir para Sicilia. En vano los amigos de Francia le escribian anunciándole una intervencion francesa á favor del Papa. Garibaldi contestaba que en esta intervencion podian entrechocarse y perecer dos enemigos suyos: el Emperador y el Rey. Las súplicas eran tanto más vivas, cuanto que los amigos de Garibaldi componian la extrema izquierda del Parlamento, y la extrema izquierda del Parlamento habia pactado una media alianza con Rattazzi en ódio á la reaccion clerical hi-

pócritamente fomentada por el ministerio Ricasoli, que acababa de sucumbir á consecuencia de sus serviles consideraciones con Roma.

Garibaldi es del temperamento de los héroes, y el temperamento de los héroes se sobreexcita con la contradicción y con la lucha, saltando resueltamente sobre todos los obstáculos así morales como materiales para cumplir el destino superior de la realización de las ideas que les confía la Providencia, ó sea la ley racional y lógica reguladora del desarrollo de la historia. Hombre singular este héroe de otros tiempos, que se destaca del fondo de nuestra prosa diaria y de nuestras convenciones sociales como una sombra gigantesca ó como un cometa errante, ó como una nota épica, ó como una sublime discordancia; algo de extraordinario, sin nombre, que toca en los confines del misterio. Su sér ha nacido impregnado de una idea como los astros de luz. Su vida se ha consagrado á esa idea con la fé de un mártir, con la constancia de un héroe, con el sentimiento de un poeta, con la franqueza de un orador, con la rigidez de un cenobita. Hay algo en ese carácter de la conjunción sublime del antiguo mundo con el mundo moderno, de la antigua historia con nuestra historia, como en esa Italia, donde se levanta el intercolumnio pagano junto á las agujas góticas, y las agujas góticas junto á las rotondas del Renacimiento, y las rotondas del Renacimiento junto á las escuelas de los filósofos. Él es marino como Andrea Dória, viajero soñador é inquieto como Cristóbal Colon, tribuno del pensamiento libre como Arnaldo de Brescia, plebeyo como Masaniello, severo como Cincinato, místico como Savonarola, sacerdote del pueblo como los Gracos, poeta en acción como todos los italianos; un Wasinghton legendario, maravilloso, sin el sentido práctico de este gran ciudadano, pero con ese poético sentido que brota del suelo sagrado de las ruinas doblemente esmaltadas

por los rayos del sol y los sueños de la poesía. El mar le ha dado algo de la libertad de sus vientos; las selvas de América algo de la exuberancia de su vida; la Italia algo de la armonía de sus inspiraciones; la religión algo de su desprecio por los intereses de un día; el arte algo de su extraña grandeza; la guerra algo de su audacia; y la fé el don de los milagros reservado á esos locos sublimes que se llaman redentores, y que sacan de su locura el sentido común para muchas generaciones, y de sus sacrificios y de su muerte la vida para muchos siglos.

Garibaldi, pues, se hallaba decidido á todo. El gobierno italiano le detuvo. Entonces no pudiendo ir él, mandó á sus hijos á morir por la unidad de la patria. Sublimes son los sacrificios de estos italianos; sublime la inspiración que de sus corazones se apodera cuando se trata de la libertad de su nación. La muerte se les aparece como á los antiguos griegos con una corona de rosas en la frente y una copa de oro en las manos por cuyos bordes rebosa el licor de la inmortalidad. Véase el ejemplo de ese Cairoli que acaba de morir ante los muros de Roma. La madre de los Cairoli se parece á la madre de los Gracos. Seis hijos tenía, seis hijos educados por ella en el santo amor á la patria. Pero el amor á Italia en el presente siglo, es el amor al sacrificio, es el amor á la muerte. Los desposorios de sus héroes con Italia son como los desposorios de Romeo con Julietta; algunas horas de luna, algunos arpegios de ruiseñor en la embriaguez de la esperanza; en seguida, el panteón húmedo por toda habitación, el sepulcro por todo lecho, la muerte por toda victoria.

Italia vivirá porque aún saben morir sus hijos. La madre de los Cairoli, ya lo he dicho, tenía seis. Uno murió en 1848, otro en 1859, otro en la expedición de Sicilia, otro en la expedición á Roma; y la mayor víctima es el corazón de esa madre, de esa santa matrona anegada en un mar de lágrimas, arrastrando

por el polvo de la patria el sudario de sus hijos, que es el sudario de su entristecida alma.

Los hermanos Bandiero, jóvenes, ricos, gallardos, amados, mueren juntos sobre el campo de batalla, donde se pelea por la patria. En pueblo que tiene tales caracteres no puede existir la esclavitud. Los revolucionarios italianos, inspirados por la idea de libertad, enardecidos por el entusiasmo de Italia, llamados al combate por la poderosa voz de Garibaldi, reunidos en torno de esa bandera tricolor que ha llevado la libertad y la independencia desde las cumbres de los Alpes hasta las orillas del Mediterráneo, se dirigen á derrocar el más opresor de todos los poderes; y como si desde el fondo de los sepulcros diseminados en el campo romano saliera la inspiración del heroísmo, se enardecen al ver dibujarse en lontananza los muros, los arcos, los simulacros, los torreones, los intercolumnios de Roma, y creen ser los cruzados del porvenir que buscan, no el sepulcro de la religión oculto en los desiertos de Jerusalem que oyeron la promulgación de los códigos teológicos, sino la cuna de la libertad europea, quizá oculta bajo las ruinas de los destrozados monumentos que oyeron la promulgación de los códigos civiles.

Indudablemente la religión de los recuerdos influye mucho en este pavoroso problema romano. El terror de los viejos poderes, en este momento, en que se halla amenazado el más viejo de todos, su terror es infinito. El entusiasmo de los pueblos italianos por concluir la obra comenzada, iguala al terror de los reyes europeos. El ejército no puede resignarse á la disciplina y se mezcla á la insurrección, desbandándose muchas de sus compañías en pos de las banderas de Garibaldi. Los alistamientos se hacen públicamente. El comité que los preside se halla compuesto por diputados del Parlamento. Las municipalidades votan recursos abundantes para sostener la insurrección. En crí-

sis tan tremenda Italia no es, sin embargo, árbitra de sus propios destinos. La brecha por donde entraron Carlo-Magno, Barbaroja, Carlos de Anjou, está abierta por medio del Pontificado, eterno extranjero en el suelo de Italia.

El gobierno francés, en presencia de estas campañas tan católicas, de este Parlamento tan reaccionario, y de este tratado de Setiembre tan reciente, se apercebe á penetrar en Italia por la brecha de la teocracia romana. El pueblo italiano se ha arrancado de los pies los clavos del Cuadrilátero; pero no se había arrancado á la sazón de las sienas la corona de espinas de Roma. Su crucifixión continuaba. Conforme las partidas garibaldinas se aumentan, los soldados franceses se concentran á las orillas del mar para embarcarse en son de guerra contra Italia. El ministerio del comendador Rattazzi quiere á toda costa conjurar este gran peligro. Pero no pudiendo conseguirlo, dimite. El ministro, que era impopular, se convierte en popularísimo. La población entera de Florencia acude al pie de las ventanas de su palacio á celebrar y aplaudir el valor con que se opone á las serviles complacencias de Víctor Manuel con el gobierno de las Tullerías. Cialdini es llamado al ministerio. Antiguo ayudante de Narvaez, enemigo implacable de Garibaldi, reaccionario por temperamento militar, más reaccionario aún por su educación y sus compromisos políticos, representa la resistencia á toda costa, y á toda prisa contra el espíritu revolucionario en Italia y contra su invasión en Roma. La idea de que lo conseguirá fácilmente se esparce de tal manera en los ánimos, que se dá contraórden desde París al embarque de las tropas imperiales para Civitavecchia. La *Gaceta* oficial de Florencia anuncia que se ha conjurado el gran peligro de una intervención francesa. Y sin embargo, Cialdini comprende, á pesar de sus antecedentes, las dos necesidades supremas de la situación: un ministerio compuesto de todas las fraccio-